

**CUENTO N° 91**

**TÍTULO: EL ATAÚD**

**SEUDÓNIMO: SAGITARIUS**

**AUTOR: MANUEL HERNÁN GONZÁLEZ CRISTI**

## EL ATAÚD

Corrían los últimos días del mes de febrero del año 1960. En Chile, en el mes de enero, el “escudo” había reemplazado al “peso” como moneda nacional. Esa mañana veraniega, yo conducía la camioneta de color verde, que pertenecía a mi padre, por la ruta Calama a Antofagasta. A mi lado iba Enriqueta y a su costado derecho, estaba sentado mi primo Guillermo. Él era el mayor de los tres por un año y ya había cumplido los veintiuno. Los tres estudiábamos en distintas universidades en la capital.

Tanto mi primo como yo, estábamos enamorados de Enriqueta, una mujer llena de juventud y hermosura. Ella con su sonrisa encantadora en sus ojos y en sus labios, coqueteaba con ambos o lo parecía, y por ello, con mi primo nos vimos enfrentados, en todos esos días del año que se iniciaba, en una permanente y solapada disputa por alcanzar su amor.

Enriqueta, estudiaba odontología en Santiago, aunque su familia vivía en Antofagasta. Ella había llegado a pasar las fiestas de fin de año con sus abuelos, quienes eran nuestros vecinos, en Calama. Y como mi padre siempre los invitaba a las fiestas familiares, ya que era un matrimonio solitario, ya anciano, ambos muy simpáticos, ese año no fue la excepción en que se unieran a nuestros festejos de fin de año. Allí conocimos a Enriqueta. Su belleza y simpatía nos deslumbró desde el instante en que la vimos. Darle el abrazo de Año Nuevo, fue para mí, toda una sensación novedosa, porque oler su fragancia de mujer y sentir en mis manos por un momento su esbelto cuerpo, mi corazón empezó a latir con violencia. No podía negar que ella ya me lo había robado. Pero, Guillermo, desde el primer momento, también había quedado encandilado y mostró un abierto interés por Enriqueta. Me sentí en

desventaja, ya que mi primo era un joven buenmozo, un conquistador empedernido, dueño de un extenso currículo de éxitos con el sexo opuesto. En tanto, yo no podía decir lo mismo: era un tipo atolondrado y tímido, ajeno a la vida de cualquier mujer, y con lágrimas en mi corazón, pensé que solo tendría que conformarme con contemplar su bello rostro, recibir de vez en cuando su tierna mirada, y sentir el calor y la lozanía de sus manos al saludarla.

Y mi primo, ya a las dos semanas de haberla conocido, se atrevió a declararle su amor. Y el mismísimo Guillermo, con la desilusión en su rostro, me dijo que Enriqueta, si bien le confesó que lo encontraba regio y simpático, pero que sus sentimientos estaban en una encrucijada, ya que le confidenció que también yo le gustaba, porque tenía ese aire intelectual y la seriedad que ella deseaba en el hombre a quien ella pretendía entregar su corazón.

Ese detalle bastó para que yo sintiera que se me abría una esperanzadora posibilidad de alcanzar su amor -*Total-me dije- En esta batalla solo mi corazón saldría destrozado.*- Y me preparé para penetrar en el santuario de su corazón. Para ello estuve varias noches leyendo el libro "El arte de amar" del filósofo judío alemán Erich Fromm, escrito originalmente en inglés y cuya traducción en español había aparecido el año 1959. Pero creo que solo me ilustró en algunos aspectos acerca del amor, pero no encontré las enseñanzas ni las herramientas suficientes para aventurarme con seguridad para adueñarme del amor de Enriqueta.

Y entonces, empecé a preocuparme de mi apariencia, de mi vestimenta, me compré un buen perfume, siempre bien pulcro y afeitado. Mientras Guillermo se fue por el lado de los regalitos, yo traté de conocer sus gustos y alinearme con ellos.

Era Enriqueta quien tomaba la iniciativa en cualquier conversación y eso me daba una estúpida tranquilidad. Y fue en una de esas charlas donde tomé cierta ventaja. Enriqueta me manifestó que le gustaban las películas de terror y que era aficionada a escuchar el

radioteatro “El siniestro doctor Mortis”. – *No es que yo sea masoquista-me dijo- Pero me gusta sentir esa sensación desagradable de percibir el peligro ante un hecho desconocido, terrorífico y que me pone los pelos de punta-* Yo la miré asombrado y ella viendo mi perturbación, me preguntó: - *¿Has escuchado en la radio ese radioteatro?-* Le respondí que también lo escuchaba a menudo, a pesar de las burlas de Guillermo. Y le comenté que era entretenido oír en la radio esos capítulos de historias terroríficas, cargadas de sonidos espeluznantes, como bisagras chirriando cuando se abre un ataúd, el aullido siniestro de unos perros, el silbido del viento en medianoche. Y creo que en ese instante, ella me miró con otros ojos: -*¡Vaya!- me dijo-¡Al parecer tenemos los mismos gustos!-* Y sentí que una brizna de felicidad me inundaba.

Al día siguiente, Enriqueta quedó fascinada cuando le regalé una antología de cuentos de terror del escritor norteamericano Edgar Allan Poe, que yo ya había leído. Esto sirvió para entablar entretenidas conversaciones acerca del espiritismo, hechos paranormales, fantasmas, ante la mirada severa de mi primo Guillermo.

Cuando llegó el día en que Enriqueta nos dijo que tenía que regresar a Antofagasta para estar algunos días con su familia, ella nos comentó:–*Solo vine para acompañar a mis abuelos por las fiestas de fin de año. ¡Y miren!, por culpa de ustedes me he quedado más de lo debido-* Aunque ella nos aseguró que nos seguiríamos viendo en Santiago, cuando se iniciara el año universitario, una sombra de tristeza ennegreció mi alma. El amor ya había tomado total posesión de mí corazón, y con un regusto de amargura, pensé que nunca más vería sus finos rasgos, sus ojos tiernos y profundos, esa sonrisa deliciosa que manaba de sus labios, su encantadora forma de caminar.

Y entonces, en medio de una niebla de esperanzas vagas, le ofrecí a Enriqueta llevarla a Antofagasta en la camioneta de mi padre. Con su voz acariciadora, ella aceptó gustosa. Aunque traté todo lo posible para que Guillermo no se enterara, igual el día de su partida lo supo, y con tono malhumorado, insistió en acompañarnos.

Y ahí estábamos ese día, camino a Antofagasta.

Ya en la carretera, como sabía que a mi primo Guillermo no le atraía la literatura relacionada con cuentos fantasmagóricos y de terror, y como una forma de castigarlo por no haberme dejado solo con Enriqueta en aquel viaje, hice de lado la conversación insulsa que llevábamos y le pregunté a ella si había leído el cuento de Poe llamado *Berenice*. Como no me respondió de inmediato, le comenté que yo lo consideraba como uno de los mejores, donde el horror se instalaba de lleno en unas pocas páginas. *–Dicen que ese cuento nació de una apuesta y que el mismo Poe suprimió varios pasajes porque el tema le pareció demasiado horrible.*

Y fue allí que Guillermo montó en cólera, y a viva voz, vociferó sonrojado: *–¡Cómo pueden ustedes, personas que quieren ser profesionales, creer en tamaña barbaridad! ¡Los fantasmas no existen! ¡No hay evidencia científica alguna, que haya vida después de la muerte!*

Después de una breve, pero desagradable discusión, Enriqueta nos llamó a la calma y durante un buen tiempo el silencio se apropió de esa cabina, mientras nuestros ojos se refugiaban en el desierto, amplio y plano, que empezaba a reverberar de calor.

Y cuando frente a mi vista, apareció a lo lejos, las ruinas del pueblo de Pampa Unión, pensé en una nueva oportunidad de molestar a mi primo. *–Enriqueta, mira hacia allá, a tu izquierda. En ese pueblo, hay un cementerio que fue saqueado, hay tumbas destruidas,*

*cajones vacíos, con algunos cadáveres-* Y sonrojada intensamente, ella exclamó: - *¡Por favor!, pasemos. ¡Quiero conocer ese cementerio!*- Guillermo hizo un gesto de desaprobación, endureciendo su mirada, pero no dijo nada.

A los minutos, nuestros pies ya estaban en ese cementerio. Recorrimos en silencio sus pasajes y quedamos sobrecogidos con esas imágenes impactantes, contemplando ataúdes destapados, cadáveres sin cráneos, dejando a la vista un espectáculo aterrador. Mientras Guillermo me increpaba a viva voz por haberme detenido en ese cementerio, Enriqueta, sin hacer caso a sus exabruptos, caminó pasos adelante. Cuando le decía a mi primo que entonces nos esperara en la camioneta, nos sobresaltó el grito despavorido de Enriqueta. Se nos acercó corriendo y con voz temblorosa, trémula y asustada, nos dijo: *¡Vengan a ver! Hay una calavera que está dando golpes al ataúd. ¡Parece que quiere salir!*-

Con Guillermo nos miramos incrédulos. Enriqueta me asió de la mano y nos llevó presurosa al lugar. Al llegar, nos encontramos con un ataúd todo destartado, polvoriento. Hicimos silencio, aguzamos nuestros oídos y escuchamos claramente ruidos al interior del siniestro cajón. Los cabellos se me erizaron de miedo. -*¡Parece que el cadáver quiere salir!*- murmuró Enriqueta con una voz débil y angustiada. Se escuchaba un escalofriante chocar de osamentas. Guillermo, pálido, como si sus ojos parecieran querer salirse de las órbitas, sin decir palabra alguna, se alejó apresuradamente del lugar.

Aunque el miedo se había apoderado completamente de mí, no quise que Enriqueta me creyese un cobarde. Entonces, tomé un palo que estaba a mi alcance y le dije a Enriqueta: -*¡Voy a tratar de abrir el ataúd!*- Enriqueta me abrazó y sentí que su cuerpo temblaba: - *No lo hagas, por favor. ¡Huyamos rápido de aquí!*

No le hice caso, tomé el palo, metí un extremo por una hendidura del cajón, y con fuerza logré que la tapa saltara por los aires, dejando una estela de polvo suspendido en el aire, y cuando éste se disipó, volvimos nuestras miradas al interior del cajón y vimos como una amarillenta calavera se movía entre huesos y despojos humanos. Ante ese hecho inquietante y enigmático, Enriqueta despavorida cerró sus ojos y se cobijó fuertemente entre mis brazos. Mientras contemplaba como esa calavera se movía, un escalofrío de miedo recorría todo mi cuerpo. Al instante, súbitamente, vi salir de la cuenca de los ojos de ese cráneo a dos lagartijas medianas. Sentí que mi alma volvía a mi cuerpo, y entonces pensé en guardar por siempre esa anécdota como un secreto.

Ya calmado, siempre con Enriqueta en mis brazos, le murmuré:

- *No tengas miedo, mi amor. Ya todo pasó. Mientras yo esté a tu lado, siempre te protegeré.*

Ella me miró con ojos agradecidos, y con mi corazón ardiente y decidido, me atreví a posar mis labios sobre los suyos, ella me correspondió...y nos fundimos en un largo y apasionado beso.

\*\*\*\*\*